

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VII

Barcelona 24 de Diciembre de 1896

Núm. 318

AUTORES CÓMICOS



Ricardo de la Vega



El día de San Roque.— Antigua costumbre del Mediodía de Francia

Madrid por horas

La víspera de Nochebuena, cogió don Silvestre á sus tres chicos y se los llevó á la Plaza Mayor á comprar turrón y figuras para el Nacimiento.

El más pequeño, Santiaguín, no podía andar, porque su hermano Nino, le mordió en un pie antes de salir, y por estas calles de Dios iba don Silvestre con un chico á cada mano y otro á cuestas.

—Vamos á ver: ¿qué queréis?

—Yo un tambor, decía el mayor, pero un tambor que no se rompa como el de todos los años.

—Yo, decía Nino, una pistola para matar insurrectos y turrón de ese muy duro para que no se lo coma la abuelita.

—¿No volverás á morder en el pie á Santiaguín?

—No, papá, le morderé en la cara para que pueda andar.

—Morrál, si estuviésemos en casa te ganabás una paliza... á Santiaguín le voy á comprar muchas cosas, porque tú, eres muy bueno, ¿verdad?

—Si, yo soy bueno y cuando zea grande me dará su bastón pa pegar á Nino y á Perico, yo pegaré á todos.

—No niño, no se pega á nadie.

—¿Ni á los insurrectos? decía Perico.

—Hay que pedir permiso á Cullom.

—Papá ¿y los reyes magos, son insurrectos?

—No.

—¿Y los insurrectos no se bautizan?

—No.

—Entonces al primo de mamá le vas á hacer insurrecto.

—¿Por qué?

—Porque digiste el otro día que le ibas á romper el bautismo.

—Vaya ¡á callar! ¿qué figuras os faltan este año?

—Cinco pastores que tiró Nino al patio, un rebaño, dos lavanderas que se cayeron al río y están muy feas...

—Papá, y los reyes magos que los chupó Santiaguín.

—Yo no he sido, papá, fué Perico que los metió en la cafetera y se destiñeron sólo.

—Falta también San José y la Virgen y el Niño.

—Pues falta todo, mirad que hay poco dinero.

—Y el burro, y el buey.

—Dí que no, papá, el burro, dijo tío Antonio que lo haría él y al buey le faltan sólo los cuernos...

Compraron las figuras y después turrón, mazapán, frutas secas... En fin, que don Silvestre echó el resto.

Hasta unos tambores para los chicos.

—Llegaron á casa, cargados con las vituallas y la mamá y la abuelita empezaron á des-envolverlo todo.

—¿Qué mosca te ha picado que estás tan espléndido?

—Un día, es un día; á tu madre le traigo también una cosa.

—Sí, abuelita, te traemos un capón de Bayona.

—Ya lo sabía que tu papá me obsequiaría con algo de uso común.

—¿Qué es eso de común, señora?

—Que es lo que comeréis vosotros; á mí no me gusta el capón.

—Pues coma usted cuernos.

—Calla, indecente, y compra bencina para quitarte esas manchas, en vez de...

—Es usted la suegra más...

—Vamos, Silvestre, decía ella mediando, tengamos la fiesta en paz.

—Gracias á que los chicos empezaron á tocar el tambor y á pegarle con los palillos en la cabeza.

—Niños, á callar, que le duele la cabeza á tu abuela.

—¡Que la duela! para qué es rabiosa? decía Nino.

—Calla Nino, decía Perico, que papá está atroz y te va á pegar.

Llegó la noche de encender el Nacimiento. Cenaron en familia, pues don Silvestre se levantó con un chichón en la cabeza, que le molestaba mucho, resultas de una caída que tuvo en sueños, según él, ó de un golpe que le dió su mujer con la palmatoria, según malas lenguas.

Solamente estuvo invitado Cristino, el primo segundo de la señora.

El menú de Nochebuena no dejó nada que desear... pavo en cuatro guisos, capón de tres maneras, besugo de cinco, mazapán, turrón, ensalada de apio...

Acabó la cena y reinó el silencio.

Ninguno podía levantarse, tan llenos y pesados estaban.

Además, don Silvestre quiso hacer unos puches, recordando sus buenos tiempos de pastelero de la Real Casa, y resultó que se les pegaron á todos en la boca, y no podían hablar una palabra.

Los niños arrastrándose por el suelo llegaron á la habitación contigua, y encendieron las luces del Nacimiento. Como faltaba harina para imitar la nieve, desmenuzaron unos merengues

E. MUNIER



En el manantial



Pesca de cangrejos

sobre las montañas y en los bordes de los caminos, con lo cual quedó divinamente.

La indispensable estrella, colgada del techo, arrastraba el rabo hasta meterlo en una fuente de surtidor que había frente al portal.

En la estrella pusieron una velita.

Los reyes magos habían perdido los camellos, bajaban á pie, pero como eran tan mal encarados se formó un tribunal de guerra y los tres chicos les condenaron á la decapitación, cuya sentencia cumplió Perico en un periquete.

—Ahora si que está bien el Nacimiento, decían los chicos alborozados.

—Falta más nieve.

—Eso, vengan merengues.

—Y azucarillos.

El Nacimiento quedó completamente blanco.

—¡Que bonito! exclamaban, y se pusieron á cantar y á tocar, los condenados.

—Papá, venid á verlo.

Nadie contestaba.

—¡Mamá, abuela! que ya está encendido; traed el buey, si le habéis puesto los cuernos.

El mismo silencio.

Siguieron cantando.

La estrella de rabo se balanceaba majestuosamente con la cola en el agua... De pronto sonó una especie de estallido y el primo segundo, surcó los aires sepultándose con estrépito entre el merengue de las montañas.

Los chicos rompieron á llorar.

Don Silvestre gritaba en el comedor:

—¡No lloréis, hijos míos, dejadle, yo os compraré otro!

Y cogiendo el Nacimiento entre sus brazos lo arrojó á la calle con primo y todo.

Al día siguiente, yacía el primo en un catre de tijera.

Mientras el médico le curaba las contusiones, los chicos de don Silvestre le chupaban los restos *merengosos* de las extremidades y le extraían las figuras que traía incrustadas en su cuerpo.

Don Silvestre horrorizado de su delito, había huído muy lejos...

¡¡Con la criada!!

José BRISSA.

Fineza desgraciada

Allá por el siglo décimoséptimo, en la parte principal y más concurrida de Madrid, llamada calle Mayor, solían reunirse hábiles perfumistas, los cuales colocaban sus mesas al pie de la torre de Santa Cruz. Había los domingos y los demás días de fiesta—ya se supondrá—buen golpe de gente, que afluía allí desde bien temprano y de todos los sitios de la capital. Frente á las gradas de San Felipe el Real, convento de Agustinos Calzados, formábase el núcleo más numeroso de mozos sin oficio ni labor, quienes lucían trajes vistosos y elegantes plumas, pregón del buen gusto de sus poseedores.

Entre diez y once de la mañana, próximamente, de uno de esos días, bajaban en dirección á San Felipe doña Mencia de Oñate y doña Belisa de Espinosa, señoras de elevada alcurnia y linaje, con propósito de recorrer tiendas y comprar *mudas* para el rostro, nombre que se daba por entonces á los solimanes, albayaldes y demás menjurjes de perfumería.

Seguías muy de cerca, y al parecer con gran contentamiento de las damas, un barbilindo, don Clofás de Luxán, hijo de un longista aragonés, á quien una inmensa fortuna, acumulada á fuerza de trabajo y privaciones, le permitía, en los últimos años de su vida, cómoda y tranquila existencia, alejado del comercio al cual se había dedicado.

Mientras doña Mencia y doña Belisa conversaban con uno de los perfumistas sobre los afeites recibidos, don Clofás, deseoso de aprovechar la mañana, entróse á ver á su amigo el confitero y repostero Montalbán de Alfarche, de quien era antiguo parroquiano. No bien hubo concluído de hacer sus compras el doncel, vió que doña Mencia y doña Belisa tomaban el camino de su vivienda, cargadas ambas de envoltorios de todos tamaños, lanzándose don Clofás en su perseguiimiento, con no menos número de pequeños paquetes.

Ya iban bien adelantados nuestros personajes, cuando un aturdido transeunte tropezó con doña Belisa, viniendo á tierra todas cuantas cosas llevaba, circunstancia de la que supo sacar partido provechoso don Clofás, para inclinarse rápidamente y tratar de recoger del suelo los objetos. Agradecían las damas con galantería exquisita aquella fineza, cuando por efecto de la precipitación del galán, cayeron también los envoltorios que éste

JUAN BENNER



Jóvenes de Capri

sostenía. Fueron recogidos sin orden: don Clofás entregó los que supuso de la propiedad de las damas y retuvo aquellos que le parecieron de su pertenencia.

Tres horas después, el infortunado galán fallecía víctima de agudísimos dolores. En el reparto le había correspondido una jugosa pasta á la que don Clofás supuso rico comestible y que no era otra cosa que uno de los afeites comprados por las damas.

¡Se había comido un kilo de albayalde venenoso para teñir el cabello!

ANTONIO SOLER.

Barba Azul

Era una vez un hombre muy rico que poseía hermosas casas y lindísimas quintas de recreo, vajillas de oro y plata, muebles y tapices soberbios y magníficas y elegantes carrozas; mas para su desgracia, tenía este hombre la barba azul, y esta particularidad le hacía tan feo y le daba tan siniestra apariencia, que las mujeres y los niños huían asustados al verle.

Una de sus vecinas, señora que gozaba de muy buena posición, tenía dos hijas extraordinariamente hermosas. El hombre de la barba azul le pidió una en matrimonio de-

jando á su elección cuál de las dos había de darle. Pero ninguna de ellas le quería por esposo, y la una se le cedía á la otra. No podían resolverse á aceptar por marido á un hombre con la barba azul.

Existía además una circunstancia que les atemorizaba también mucho. Aquel hombre había estado ya casado con varias mujeres, que habían desaparecido sin que nadie supiera su paradero. Para travar amistad con las jóvenes vecinas é inspirarlas confianza, Barba Azul las llevó con la madre y tres ó cuatro amigos de él á pasar una corta temporada á una de las magníficas casas de campo que poseía. Organizó allí cacerías, excursiones de pesca, danzas, paseos y festines. Nadie durmió en la quinta mientras duró la fiesta; todos pasaban las noches divirtiéndose y embromando á los demás. Tan bueno fué el hospedaje, que la hermana menor empezó á notar que el dueño de la casa no tenía la barba tan azul, y que era además de un buen mozo muy amable. En cuanto volvieron á la ciudad se verificó el matrimonio.

Apenas había pasado un mes, Barba Azul dijo á su esposa que tenía que hacer



Fantasías femeninas



Horacio en Tívoli

un viaje de seis semanas para despachar un asunto importante.—«Diviértete mucho en mi ausencia—añadió—convida á tus amigas y llévalas al campo, si así lo deseas.»

«Mira, aquí tienes las llaves de los dos guardarropas, la de la vajilla de plata y oro, que no sirve sino los días de gran fiesta, las de mis arcas donde está guardado el dinero, y en fin, las de todas las habitaciones de la casa. Esta llavecita que ves aquí es la del gabinete que se halla al extremo de la gran galería, en el piso bajo. Abre y regístralo todo, si en ello encuentras placer; pero por lo que hace á ese gabinete, cuenta que te prohibo entrar en él, y te lo prohibo de tal manera, que no habrá cosa de que mi cólera no sea capaz si llegas á desobedecerme.»

La mujer de Barba Azul prometió observar estrictamente cuanto acababa de ordenársela, y su marido, después de haberla abrazado, montó en su coche y emprendió su viaje. Las amigas y vecinas de la joven novia no esperaron á que se las invitase: tan impacientes se hallaban por ver las riquezas de su casa, que apenas se alejó el marido, cuya barba azul las infundía un miedo que les había impedido acercarse hasta entonces, acudieron en tropel, ansiosas de examinarlo todo.

En seguida se pusieron á recorrer los salones y las alcobas, y á registrar los armarios llenos de magníficos vestidos. Luego subieron á la trastera y quedaron admiradas al ver gran número de preciosos tapices, camas, sofás, veladores, consolas, mesas y espejos de cuerpo entero, cuyas molduras de oro y plata eran tan hermosas y espléndidas como nunca las habían visto ni imaginado.

Todas exageraban y envidiaban la felicidad de su amiga; pero ésta no se divertía en el examen de tantas riquezas, porque estaba impaciente por abrir la misteriosa puerta de la habitación del piso bajo. Excitada por la curiosidad, no reparó en lo poco delicado que era abandonar á sus amigas, y bajó con tal rapidez por la escalerilla falsa, que estuvo dos ó tres veces á punto de rodar por ella y lastimarse.

Así que llegó á la puerta del gabinete, se detuvo un momento acordándose de la prohibición y amenaza de su marido; y pensando que su desobediencia podría ocasionarla una desgracia. Pero la tentación fué tan poderosa, que no pudo resistirla; metió la llave en la cerradura y abrió, temblando, la puerta del gabinete. Al principio no vió nada porque los balcones estaban cerrados; pero algunos momentos después empezó á distinguir en el suelo charcos de sangre cuajada, y á lo largo de las paredes cadáveres colgados: eran los de las mujeres que Barba Azul había tenido y cuyo paradero se ignoraba: las había

ido degollando una tras otra. La pobre curiosa creyó morir de miedo, y la llave que acababa de retirar de la cerradura se le cayó de las manos.

Pasada la primera impresión, recogió la llave, cerró la puerta y subió á su cuarto á reponerse del susto; pero tan conmovida se hallaba, que no pudo conseguirlo. Entonces notó que la llave del maldito gabinete estaba manchada de sangre y la limpió dos ó tres veces; la sangre no desaparecía: la lavó y hasta la frotó con arena... y ¡nada! La llave estaba encantada y no había medio de dejarla limpia; cuando la mancha se quitaba de un extremo, aparecía en seguida en el otro.

Barba Azul volvió de su viaje aquella misma noche. En el camino había [recibido car-

ALCIDE SEGONI



Una partida... serrana. (Pendant)

tas, por las que supo que el negocio que motivaba su partida, había sido resuelto de una manera satisfactoria. La pobre mujer hizo cuanto pudo por manifestarle que se hallaba muy contenta de su pronto regreso. Al día siguiente Barba Azul le pidió las llaves y ella se las dió, pero temblando de tal modo, que el marido adivinó cuanto había pasado.

—¿En qué consiste—preguntó—que la llave del gabinete no está con las otras?

—La habré olvidado arriba—contestó ella—sobre la mesa de mi cuarto.—Pues no dejes de dármela lo más pronto posible. Después de varias preguntas del mismo género, fué preciso entregar la llave. Barba Azul la examinó y dijo:—¿Por qué está manchada de sangre?—¡No lo sé!—respondió la mujer más pálida que una muerta.—¿No sabes, eh? Yo sí

ALCIDE SEGONI



Una partida... serrana. (Pendant)

lo sé; ¡tú has entrado en el gabinete! ¡Pues bien; señora, va usted á volver á entrar y á tomar puesto junto á las *otras* que están allí!

La desventurada se arrojó llorando á los pies de su marido y dando señales de verdadero arrepentimiento le suplicó que la perdonase. Su belleza y su aflicción hubieran conmovido á una roca; pero Barba Azul tenía el corazón más duro que el mármol.—¡Es preciso morir, señora,—gritó—morir inmediatamente!—Puesto que es preciso morir—respondió la infeliz con los ojos bañados en lágrimas, concédeme algunos momentos para rogar á Dios que me absuelva de mis culpas.—Le concedo á usted media hora—replicó Barba Azul—pero ¡ni un minuto más!

Cuando la pobre joven se halló sola, llamó á su hermana y la dijo:—Ana, hermana mía, sube á lo alto de la torre y mira si llegan mis hermanos, me han prometido venir hoy á verme; si los ves, hazles señas para que se apresuren. Ana subió á la torre. La esposa del fiero Barba Azul, le preguntaba de cuando en cuando:—«Ana, hermana mía, ¿no ves á nadie?» Y Ana contestaba:—«No veo sino el sol que centellea y la yerba que verdea.»

Entre tanto, Barba Azul tenía en la mano un enorme cuchillo y gritaba desaforadamente:

—¡Baja pronto, sino quieres que yo suba!—¡Espera un solo instante!—le respondía su pobre mujer. Y añadía por lo bajo:—«Ana, hermana mía, ¿no ves á nadie?» Y Ana contestaba:—«No veo sino el sol que centellea y la yerba que verdea.»—¿Bajas ó subo yo?—seguía gritando Barba Azul.—Ya voy, ya voy,—respondía su mujer. Y preguntaba:—«Ana, hermana mía, ¿no ves á nadie?»—«Sí, veo una gran polvareda en medio del camino.»—¿Son mis hermanos?—¡Ay! no, hermana mía, es un rebaño de carneros.

—¿Conque no quieres bajar?—continuaba rugiendo el marido.—¡Un solo momento, y bajo! Y luego:—«Ana, hermana mía, ¿no ves á nadie?»—Veo dos caballeros que se dirigen hacia este sitio; pero todavía están lejos, muy lejos...

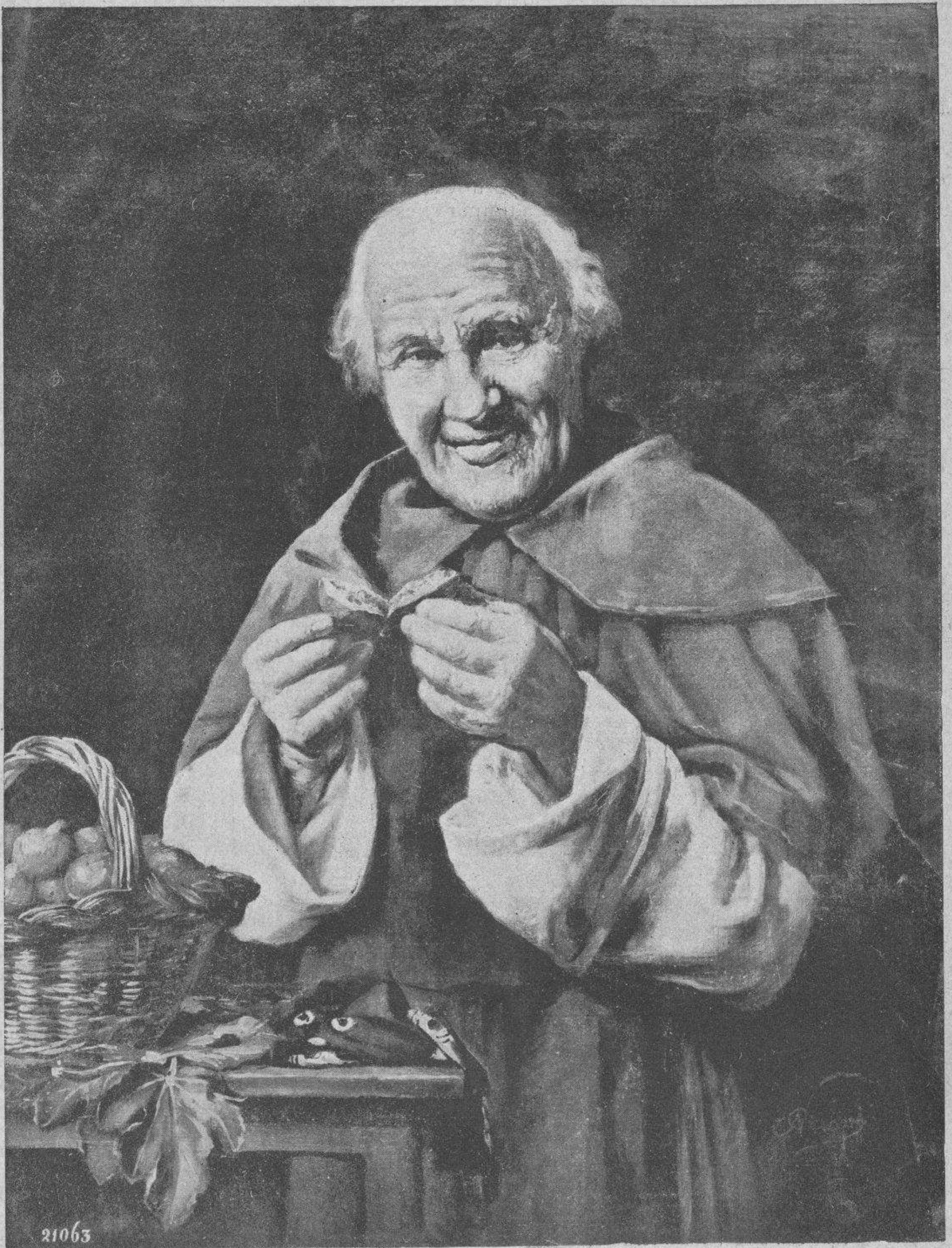
—¡Que Dios sea loado!—exclamó la desventurada—¡son mis hermanos!... Ana añadió:—Les estoy haciendo señas para que se apresuren.—En esto Barba Azul se puso á gritar con tanta fuerza que estremecía toda la casa.

La mujer bajó y fué á arrojarse á sus pies toda llorosa y con los cabellos en desorden.—¡A nada conducen esos extremos!—la dijo Barba Azul—¡es preciso morir! Y cogiéndola con una mano por los cabellos y elevando el cuchillo con la otra, iba á descargar el golpe, cuando la infeliz se volvió hacia él con moribundos ojos, pidiéndole que la concediese un breve instante para recoger el alma.—Ni uno; ni medio—repuso él—¡y encomiéndate á Dios! Así diciendo enarboló el cuchillo... De pronto sonaron en la puerta golpes tan fuertes, que Barba Azul se detuvo. Cuando abrió entraron espada en mano dos caballeros. Barba Azul reconoció á los hermanos de su esposa: uno era dragón y otro mosquetero. El feroz marido echó á correr para salvarse; pero los recién llegados le persiguieron de cerca y antes de que lograse ganar el portal le



Fantasías femeninas

N. CECCONI



La fruta predilecta

atravesaron con sus espadas de parte á parte y le dejaron muerto. La pobre mujer se hallaba casi tan muerta como su marido y ni siquiera pudo levantarse para abrazar á sus salvadores.

Como Barba Azul no tenía herederos, pasaron á manos de su viuda sus cuantiosos bienes, y ella los invirtió, una parte en casar á su hermana con un joven y bizarro caballero que le amaba hacía tiempo, otra en comprar el grado de capitán para sus dos hermanos, y el resto en dotarse á sí misma y celebrar su boda con un hombre honrado y cariñoso que le hizo olvidar las ferocidades de Barba Azul.

La curiosidad con todos sus atractivos, es siempre peligrosa. Es un placer harto ligero para lo caro que algunas veces cuesta.

Por poco que conozca la hipocresía del mundo, habrá comprendido el lector que esta historia es de otros tiempos. Ya no hay esposos tan feroces, que exijan á sus mujeres imposibles. Cerca de su mujer se ve siempre hoy á un marido agradable y dulce. De cualquier color que sea su barba es difícil adivinar si es el que manda ó el que obedece.

PERRAULT.

J. WORMS



Un don Juan

Á Laura

Graciosa junto á mí pasaste un día;
Me viste con placer y con ternura,
Y esclavo de tu voz y tu hermosura,
Sintió mi corazón tu simpatía.
Desde entonces inquieta el alma mía
Cifra sólo en mirarte su ventura,
Tus sonrisas disipan mi amargura,

Tus miradas me llenan de alegría.
Siempre por tí de amor triste suspiro;
Sin verte ¡oh Laura! de pesar me muero,
Y á verte siempre sin cesar aspiro.
Mirarte siempre sin cesar espero,
Y más te quiero cuanto más te miro,
Y más te miro cuanto más te quiero.

José ROSAS.

PERFILES

y Bonares



El Moulin-Rouge es un vasto salón de baile que nada de notable tiene en realidad. El suelo está entarimado y bruñido; del techo penden centenares de banderas, gallardetes y oriflamas con los colores nacionales de todos los países del globo, y en un ángulo se abre un pequeño escenario en donde se dan espectáculos propios de café-concierto.

Cuando yo entré ya era tarde y estaba terminando una pantomina cómica. Como en casi todos los establecimientos de esta índole, hay una porción de saca-dineros.

Tiro de pistola y rifle, aparatos automáticos que dan, á cambio de diez céntimos, aguas de olor, dulces, fotografías, etc.

A la entrada hay dos negrazos de tamaño natural, el uno con una almohadilla en salva sea la parte y el otro en el estómago. Sirven para probar la fuerza de un puñetazo.

Hay mesas de café, un intérprete uniformado que se pasea con gravedad, al servicio de los extranjeros, y en un sitio elevado una pequeña orquesta.

La concurrencia femenina parecida á la del Folies-Bergère y la del sexo feo muy distinguida.

También allí las mujeres se le cuelgan á uno del brazo comenzando por pedirle un bock y acabando por pedirle la mar y sus arenas.

Ni con las joyas de la corona de Francia creo que cerrarían el pico satisfechas.

No he visto mujeres que sepan pedir más y mejor.

Es aquella una gran escuela para aprender á no dar.

El espectáculo no cobra animación hasta que comienzan el baile, particularmente el de *cuadrilles*.

Todos mis lectores han visto alguna vez bailar el can-can.

Pues bien, háganse cuenta que han visto la cascada del Parque y que aquello es el Niágara.

Y no exagero.

Yo he visto bailar la *cuadrille* á francesas auténticas y á bailarinas famosas.

¡Bobada!

Sea que aquí en España lo bailan con miedo ó que sean cancanistas falsificadas, el caso es que en nada se parecen á aquéllas.

Se formaron en el salón cuatro grandes corros de gente y al asomarme á uno de ellos, vi cuatro reales mozas, como decimos por acá, que bailaban la *cuadrille*.

Se recogen el vestido hasta la cintura, se agarran las enaguas con ambas manos y dejan



ver desde la punta de los pies, coquetonamente calzados, hasta la mismísima cintura. No se ruboricen mis lectores.

Llevan pantalones.

Es verdad que algunas los gastan de una tela por demás transparentes, pero pantalones al fin.

Las enaguas son una verdadera nube de blanquísimos encajes que agitan y revuelven como gigantesco penacho de espumosa ola.

Todo esto con una gracia, con un *chic*, con un descaro y ligereza que maravillan.

De la agilidad de las piernas no hablemos.

Las levantan hasta tocarse la frente, se cogen un pie con la mano, manteniéndolo á la altura de la cabeza, y con el otro ruedan como unapeonza.

Dejan resbalar las piernas, abriéndolas como un compás, hasta ponerlas en línea recta y quedan sentadas en el suelo.

Se juntan dos y apoyan los pies en alto, como dos floretes que se cruzan.

¡Qué se yo!

La gente que mira ríe ó celebra los diferentes pasos y se entusiasma con las grotescas actitudes de una y los provocativos y atrevidos movimientos de la otra.

Veo que una de las *cuadrilles* tiene más expectadores que la otra.

Pregunto la causa, aunque ya la sospechaba, y me dicen que allí bailan las más famosas cancanistas del Moulin-Rouge.

Me acerco, logro abrirme paso con gran dificultad y, efectivamente, aquello es el acabóse.

Bailan mucho mejor y son más sinvergüenzas que las otras.

Al ir á terminar los últimos acordes de la orquesta, uno de los espectadores se adelanta, coge por la cintura á la que allí llamaban la maestra y la levanta en alto, los pies hacia arriba y la cabeza hacia abajo y la pasea en triunfo por el salón, con gran contentamiento de todos.

Ella agita las piernas, grita y ríe, los pantalones se deslizan por los muslos y enseña las vistosas ligas, sujetas un palmo más arriba de la rodilla, y algo más que no son ligas pero que no es menos vistoso.

He aquí lo que es el Moulin-Rouge.

Así se divierte la juventud en el cerebro de Europa.

He de advertir á mis lectores que estas bailarinas, no son bailarinas, mejor dicho, no son artistas que cobran.

Son las mujeres que van al baile á bailar *eso* como aquí van á bailar polcas y valsés.

Hago esta observación porque son muchos los que creen lo contrario.

Allí todas las *cocottes* de alta y baja estofa se mueren por levantar la pierna y no hay una sola que no se toque la frente con la punta del pie.

Esta es, si ustedes me permiten hacer una frase, la flamenquería parisién.

VICENTE SUÁREZ CASAÑ.



No siempre el bien es fortuna

EL PÁJARO ENCARCELADO

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar suave.
¡Qué vanamente grave,
Porque más no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
Mas lo cierto es que el preso
Nunca con loco exceso
En ocasión ninguna
Maldijo la fortuna,
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un día que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡Cómo entónces contento,
Con emoción extraña,
Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida!
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
que el crimen no recela;
Y al más cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó á la liga en suma
Presa otra vez su pluma.
¡Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinemente!
Tornó á ver á despecho
La antes prisión amada:
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su común tonada.
«¿Por qué con tal quebranto,
Su dueña le decía,
Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto,
Cual suceder solía?»—
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor más grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave
La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de menos
Los céfiros serenos,
Después que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió su estado
Murió el triste de pena.

*¡Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
Muera en mi pobre asilo.
Pues que sólo un momento
Vive el mayor contento!
¿Por qué queréis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es más desventurado
Quien fué una vez dichoso?*

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Remember

Había en su dulce semblante, aquello
Que vive poco, que ya se va;
Ojos azules que reflejaban
Lo misterioso, la inmensidad.
En sus mejillas el terciopelo
de los geráneos al despuntar,
Labios de grana que le envidiaban
Las amapolas del florestal...
La estoy mirando: su esbelto talle
Como la garza que va á volar;
Sus manecitas sobre su pecho
Que suspiraba por lo inmortal...
Y aquellos labios que me decían:
«¿Por qué te alejas, por qué te vas?»
Y aquellos ojos que me miraban
Del alma al fondo y aún más allá...
Hoy, esos labios se han marchitado;
Hoy, esos ojos sin vida están...
¡Ay! esos seres, todo cariño;
¿Por qué se mueren, por qué se van?

FRANCISCO G. CÓSME.

Mme. C. DE MAUPEOU



Bohemia

Romancee

Servia en Orán al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
A una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche,
Cuando tocaron al arma.
Trescientos Cenetes eran
Deste rebato la causa;
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas;
Las adargas avisaron
A las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas:
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas.
Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le para;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,

Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
«Salid al campo, Señor,
Bañen mis ojos la cama;
Que ella me será también,
Sin vos campo de batalla.
»Vestíos, salid apriesa,
Que el general os aguarda,
Yo os hago á vos mucha sobra,
Y vos á él mucha falta.
»Bién podéis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda,
Que tenéis de acero el pecho,
Y no habéis menester armas.»
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así: «Mi señora,
Tan dulce como enojada,
»Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma.
»Concededme, dueño mío,
Licencia para que salga
Al rebato en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.»

Luis DE GÓNGORA.

Miscelánea

En el Paraíso terrenal.
Adán da un abrazo á Eva.
Eva (volviéndose indignada).—Aseguro
á V., Adán, que es V. el primer hombre
que se ha permitido esas libertades.

—❖—

Preguntaban á Paul de Kock porqué no
le daban la cruz de la Legión de Honor.

—Porque soy muy viejo.

—¿Y antes?

—Porque era muy joven.

—❖—

En un comercio de sedas.

—Cámbieme V. este billete de 100 pesetas.

El comerciante mira el billete á trasluz y
dice:

—¿Y qué quiere V. que le dé por este
billete falso?

—Diez y nueve duros nada más, yo soy
razonable.

—❖—

Entre amigos:

—¿Cómo te explicas que todos los hom-
bres importantes tengan tanto empeño en
casar á Luisita, la hija de una horizontal de
fama en la época del bienio?

—Me lo explico, porque cada uno de ellos
cree que recomienda á su hija.

—❖—

La condesa de X... tiene las manos más
lindas y diminutas de España é Indias.

Está poniéndose los guantes y se le acerca
Peyrolón:

—Condesa: ¿por qué antes de comprarse
guantes no se procura V. manos en qué
ponérselos?

A nuestros lectores

Número extraordinario de año nuevo

El número correspondiente al día 7 de Enero
próximo será **EXTRAORDINARIO** y se venderá en
toda España al precio de 40 céntimos.

En este número inaugurará su colaboración el
eminente literato don Leopoldo Alas (*Clarín*), digna-
mente acompañado de acreditadísimas firmas y es-
cogidos trabajos literarios.

La parte ilustrada será un verdadero derroche.
Entre otros, publicaremos dibujos originales é inéditos de los distinguidos artistas: Laureano Barrau, Juan Brull, Ramón Casas, Francisco Galofre Oller, Luís Graner, Francisco Gómez Soler, Hernández Monju, José Masriera, Eliseo Meifren, Ramón Mes- tres, Francisco Miralles, Isidro Nonell, Manuel Rodríguez Codolá, José Triadó, Modesto Urgell, Ricardo Urgell, Joaquín Xaudaró, etc., etc.

Todo esto bajo unas elegantes cubiertas en cromo tipográfico á cuatro colores.

DESDE AÑO NUEVO

el precio de LA SAETA será de 20 céntimos en toda España.

En el número próximo anunciaremos las importantes reformas que vamos á introducir en nuestro semanario, las cuales justifican con creces el aumento de precio.